M. Costa Iscar



EL FEMINISMO

BIBLIOTECA
de
TIERRA Y LIBERTAD
Calle Cadena, n.º 39
Barcelona

PRECIO: 10 CÉNTIMOS

IMP. "GERMINAL", RONDA DE SAN PABLO, 36
BARCELONA

0011

M. Costa Iscar



EL FEMINISMO



BIBLIOTECA
de
TIERRA Y LIBERTAD
Calle Cadena, n.º 39
Barcelona

PRECIO: 10 CÉNTIMOS

IMP. "GERMINAL", RONDA DE SAN PABLO, 36
BARCELONA

Vamos a tratar de examinar el valor social del movimiento feminista como teoría de evolución emancipadora, para saber si es verdaderamente la mujer la que puede implantar iniciativas revolucionarias que aproximen el triunfo de la razón y la justicia que algunos hombres persiguen solamente.

Fijémonos ante todo en que el lado utilitario de la vida predomina sobre el idealismo humano, y no es extraño que así suceda, teniendo en cuenta que el triunfo de la inteligencia sobre los instintos atávicos supondría una lenta evolución de los sentimientos, una educación científica en la que las pasiones quedasen siempre bajo el dominio y el impulso de la más perfecta lógica. ¿Llegará a realizarse este deseo que levanta muchos corazones y pone en actividad algunas mentes? Difícil es augurarlo, porque el porvenir siempre reserva sorpresas y la humanidad no recorre la trayectoria que los espíritus progresivos la señalan con clarividencia. Además, el ejercer la profecía ha sido siempre un exclusivismo de las religiones y no se aviene con el método analítico del infinito estudio que perseguimos por la libertad. Concretémonos, pues, al presente, y tratemos de sacar algún provecho personal que en definitiva nos haga ampliar nuestra manera de interpretar la vida.

La lucha eterna en la que los intereses sociales se debaten siempre ha consistido en el choque de la razón y el sentimiento. Todos los lamentos, todas las desesperaciones, todas las causas, en suma, del sufrimiento, tienen su raíz en el modo de sentir. Pero también ha de reconocerse que todas las dulzuras, que todos los reposos, que todas las treguas pacíficas que resumen las infinitas variaciones del goce, se afirman también por la espontaneidad de las sensaciones morales o físicas que experimentamos.

Quiere esto decir que el camino del corazón es muy accidentado y ofrece tan variables horizontes, que un solo individuo no podrá en el curso de su corta existencia apreciarlos todos Los abrojos abundan y las flores son raras, pero como la ilusión las presta un colorido maravilloso que acaso en la realidad no tienen, de ahí que la generalidad de los individuos, estén o no iniciados en la educación del racionalismo, no duden en penetrar en ese campo común donde hay expansión para todos los gustos Algunos triunfan y consiguen aspirar aromas exóticos, pero éstos son un número limitado si se compara con el enorme contingente de los que perecen sin conseguir su objeto. Y parece que fatalmente ha de ser así para que el jardín ofrezca en aumento siempre la variedad ambicionada. Cuantos más caigan en el surco, cuanta más sangre victimaria se pierda, más se empapa la tierra, más fecunda se hace en la producción. De aquí proviene todo el furor con que se lucha por encontrar el halago deseado. En oposición de este aspecto seductor de la vida, se encuentra el raciocinio. El modo de pensar es una recta que va desde la inteligencia del hombre al infinito. Aquí existe la unidad monótona y fría. Las sensaciones desaparecen o se concentran en el placer de la inventiva o del adelato intelectual. Pocos adeptos tiene la razón, contados fervien-

tes neófitos y es precisamente porque la labor que la caracteriza es persistente y dura. La coordinación de ideas, la lucidez de pensamientos elevados y a la par profundos se realiza por esfuerzos sostenidos del cerebro. Mientras la rutinaria placidez de los sentidos se lleva a cabo con innata facilidad y rapidez, el desarrollo de la mentalidad donde se afirma la razón se efectúa muy lentamente y con dolor. Además, el ansia de indagar crece cuando más se sabe y por eso el tormento espiritual es el más terrible de todos los tormentos. El predominio de la inteligencia sobre la pasión significa un desdoblamiento de la personalidad que se desarrolla de dentro a afuera. En cambio, la inercia de los sentidos asegura su misma vivacidad cuando las vibraciones internas les determinan al ejercicio que, generalmente, llega al desbordamiento. Dicho de otro modo más comprensible: El ser pasional se deja arrastrar sin sufrimiento; la inconsciencia le domina y no siente lo que da sino lo que recibe. No sucede lo mismo al ser pensante, que quema su cerebro, que da la substancia, que conoce su generosidad sin hallar la compensación en el mundo externo. Si desde que la humanidad se ha elevado a las manifestaciones de la inteligencia, saliendose de los instintos brutales, se hubiera percatado de la razón tantas veces y en tan diferentes formas demostrada, la felicidad existiría ya sobre la tierra y los seres que la poblamos no la convertiriamos en campos de crueldad combatiente. Mas es forzoso reconocer que el raciocinio puro es una abstracción ideal, a cuyo triunfo definitivo se opone el ambiente dominante de los impulsos sociales que tanta influencia ejercen sobre la vida de relación.

En efecto, el sentimiento atrae y domina, por la originalidad con que cada individuo lo interpreta y por el magnetismo que en sí lleva. El ser humano encuentra en él motivos incalculables de enorgullecerse por la

combatividad que le presta tanto para el bien como para el mal. Desde las más puras y platónicas expansiones, hasta las peores degradaciones del vicio y de la exaltación enervadora, hay una gama infinita de percepciones en que cada temperamento encuentra su acorde personal. Además, todas las tonalidades, todo el colorido, toda la fuerza de expresión quedan clasificados por el orden de sensiblería, sentimentalismo y sensualismo. La sensiblería es la exageración ridícula del sentimiento, el sentimentalismo es el predominio de los afectos tiernos y el sensualismo es la oposición del idealismo o sea el determinismo de las ideas por los sentidos. Al ser éstos anteriores a aquéllos tienen en su poder la fuerza del atavismo y parece que han de ser eternos para regular la existencia humana. Sin embargo, estas fiestas de la razón que celebramos, esta comunión que realizamos en el ideal, este deseo de perfección que nos congrega en las altas manifestaciones del intelecto denotan que acaso en tiempos venideros se transforme el problema biológico y se consiga por su verdadera comprensión la natural evolución de la humanidad fuera de los errores metafísicos, creando en suma la única moral humana positiva, que no puede ser sino anarquista y que dará la científica definición del bien en todo lo que es conforme a la conservación y al más amplio desarrollo del individuo.

Sabemos la diferencia que hay de la teoría a la práctica en el modo de vivir; pero no nos damos cuenta exacta de que si la idealidad obedece a una forma de pensamiento y se condensa por el raciocinio, la costumbre, en cambio, es hija de la anormalidad y de la variedad de las pasiones. Así, estando regido el mundo por el sentimiento no razonado, se comprende muy bien que mucha energía inteligente se pierda y que los axiomas de la verdad queden relegados a término secunda-

rio por el tráfago y el desbarajuste de la existencia consuetudinaria, con sus sobresaltos y vacilaciones.

Así como el sentimiento exalta el orgullo humano, porque cree el individuo apasionado que él es el centro del universo, el raciocinio, en cambio, reviste al que lo ejercita sin tregua de una tal modestia, que considera que no somos más que átomos del gran cosmos y por tal no podemos hacer vanagloria de nuestro saber siempre limitado. Tenemos conciencia de que somos un estado transitorio, una forma de evolución, algo, en fin, indeterminado. La labor inteligente es de asimilación, abarcando los conocimientos acumulados por los antecesores, reformándolos y adaptándolos a las necesidades generales de nuestra época y pensando que los que nos han de suceder continuarán modificando nuestras concepciones, hasta que lleguen al provecho sumo. Significamos, en consecuencia, que habiendo poca originalidad personal en las formas prácticas del pensamiento, en lo que se refiere a la moral, tampoco puede haber pretensión autorítaria o mandato impositivo sobre las conciencias, y de hecho así sucede en el ambiente muy restringido de la intelectualidad, al que corresponde como conducta la tolerancia, la mayor amplitud de juició y el buen deseo de que la tierra sea más próspera a sus habitantes todos. Mas esto no se lleva a cabo sino muy lentamente, resultando que el pensamiento se anticipa con mucho a la existencia corriente que experimentamos y de ahí que no sea posible vivir la vida propia, la que forja la mente en una vibración armónica, en que ni la fuerza brutal ni la astucia intervienen.

Y bien, ¿qué tiene que ver todo èsto con el feminismo? Sin duda alguna que esta disertación ha sido un preámbulo para entrar de llèno en el tema y si lo hemos hecho ha sido para fijar un poco la atención sobre las diferencias evidentes que ponen enfrente de la razón el

sentimiento, porque considerando que la mujer es por excelencia la que más participa de él y siendo el hombre juguete del veleidoso capricho sensualista que ésta le inspira, no puede menos de verse dominada la vida de ambos por la fatalidad.

En primer término es preciso hacer constar que existen dos teorías feministas, dos tendencias evolutivas de la representación social de la mujer. La una pertenece al mundo del privilegio, que es el mundo de los ricos, de los que defienden intereses de clase, ese mundo que, además, es el de las preocupaciones que mantienen la desigualdad humana en la participación de los goces naturales y que como recurso defensivo emplea el sofisma para disculpar la mentira y el egoismo abyecto en que se inspirà para dominar a los infelices. En presencia de los vuelos que el pensamiento realiza criticando y ridiculizando los desmanes de los detentadores de la vida amplia y fecunda, generosa e infinita, éstos temiendo la hecatombe de sus creencias, viendo que la fuerza moral se les escapa, comprendiendo que sin ésta la material no tiene gran consistencia, han ideado como recurso conservador atraerse a la mujer, hacer de ella un complemento que les ayude a mantenerse como dueños y a seguir combatiendo los hermosos sueños de los igualitarios, que piden y luchan por la liberación de todos. Así vemos a la mujer, escalando los puestos ambicionados, compitiendo con el hombre en la obra de la esclavitud. Se la abren las puertas de las universidades, se la conceden derechos políticos colabora en el parlamentarismo, participa de la magnífica apoteósis del sufragio universal y hasta se incorpora a las filas del ejército. He aquí un feminismo repugnante. Pero hay otro más delicado, más idealista, más profundamente transformador, que consiste en creer que la mujer es igual al hombre en la lucha épica por la libertad

y en que puede interesarse en los hondos problemas filosóficos que a éste le han impulsado a progresar. En verdad os digo que tan falso me parece un feminismo como otro. Los que se apoyan en excepciones que precisamente confirman la regla general de la pasividad femenina, y los que ven las heroicidades de algunas hembras y las levantan como bandera de agrupación se equivocan lamentablemente. Que las mujeres luchen con más pujanza que el hombre, que tomen la delantera a éste en el razonamiento y en la decisión, no significa que cumplan su cometido natural, sino que los hombres han degenerado y han inventado el feminismo, como disculpa a su poltronería.

Lo cierto es que la mujer, por su pasividad natural y por la costumbre de muchos siglos, conserva lo fatal de la existencia. Delicada sempiterna y herida por la naturaleza, no puede similarse la idea de equilibrio y fuerza que al hombre dominan. Su flujo sanguíneo y su preponderancia nerviosa la impiden llegar a las abstracciones serenas del pensamiento y a la comprensión de muchos problemas que el hombre alcanza más fácilmente, porque tiene más costumbre y más facilidad en fijar su atención. La mujer se distrae frecuentemente por la exageración de su sensibilidad y, en el fondo, admira la audacia masculina, pero conoce muy bien, instintivamente, el poder de sus encantos, ante los que el hombre se rinde y a los que ella añade generalmente la seducción artificiosa que la vanidad le presta. En las relaciones sensuales es el macho el que se anticipa, el que ha de conquistarla, y de tal modo no puede nadie extrañarse que la mujer sea superior al hombre. Sea por hipocresía o por naturalidad, es indudable que la mujer resiste más los deseos apremiantes del sensualismo. Concede muchas veces sus favores al que ama, pero también tiene la facultad de negárselos cuando la preme-

ditación de las consecuencias ulteriores se la presenta á la reflexión. Desde luego, es regla inflexible que quien pide o suplica está en inferioridad bajo el que otorga y, por tanto, en la cuestión del amor sexual la mujer lleva ventaja, sabiendo con cuanto ardor y vehemencia es solicitada por el hombre. En un instante de placer, en una fugaz vibración nerviosa, éste sacrifica el ideal, pierde la razón y se ve constreñido a la rutina.

Todos sabemos la sugestión que la mujer ejerce y muchos inteligentes podrían decir el encanto de la cadena de brazos femeninos y de las dulzuras enervantes del deleite que sus caricias proporciona. A esto queda reducido el feminismo, a la eternidad del sentimiento La mujer da su amor y con él conquista el porvenir de la prole, reduce la rebeldía del hombre y le acomoda a las estrecheces del hogar, a las atenciones de la familia. Y así perdura toda la esclavitud, todo lo que es vituperable por la moral anarquista y se obedece en la vida ordinaria. La mujer no siente el ansia del progreso, es un ser obediente y resignado que se conforma y obtiene la revancha de su sumisión por la astucia. En una palabra, ella es lo que la voluntad del hombre quiere que sea y como éste la prefiere más hermosa que inteligente, más atractiva que franca, se deduce que cumple perfectamente su cometido cuando finge sus sentimientos y desfigura su verdadera naturaleza. La mujer desea amor y no razonamientos. Hablad sinó a la mujer amante de la lucha por las ideas y la costará un gran trabajo asimilarse un concepto claro de lo que ellas significan en la vida. Escuchará las explicaciones, pondrá en tensión su cerebro para seguir las disertaciones intelectuales, pero al fin os demostrará que todo su interés está en su instinto. Lo que ella desea es atraeros y mientras os ame participará de vuestras ideas, sin que en su fondo la interesen por su interpretación real. Las

acepta porque son vuestras pero sin meditar el alcance que pueden tener en la sociedad. Para ella todo el mundo se encierra en la familia y lo que la impulsa es todo lo que a su juicio puede conservar y hacer vivir a los suyos. Por tanto, es ensmiga de la Revolución, templa los arrebatos del hombre, tiene poca iniciativa intelectual y si algún movímiento emancipador o reformador realiza, o más bien secunda, es por instigación masculina El desarrollo de las facultades mentales apacigua los deseos sexuales. Al hombre le desequilibra en detrimento del placer natural. Por eso se explica que tan gran número de sabios, inventores y hombres eminentes hayan sido misoginos, sintiendo aversión por las mujeres y desviando sus instintos hacia la pederastia. En la mujer sucede algo parecido pero a la inversa, es decir, que si en el hombre el predominio de su investigación inteligente le lleva a inversiones patológicas, en la mujer la carencia de gracias naturales, la debilidad de su atracción sexual, la ausencia de belleza sugestiva, la predisponen al trabajo cerebral. Por eso es más fácil convencer del error a una fea que a una mujer hermosa, conocedora de su fuerza magnética y de su simpatía sensual. Lejos de mi ánimo el herir la vanidad de las mujeres razonadoras. No quiero decir que todas sean marimachos o estén desprovistas de todo encanto, pero sí manifiesto que la mujer y el hombre se completan mutuamente y que su alejamiento les conduce a desvaríos más o menos funestos, de repugnante individualismo más o menos cínico.

Para que el deseo de libertad se concretase en acción fecunda y no quede eternamente como una bella abstracción, sería preciso destruir la esclavitud sexual, cambiar por completo la moral del instinto genésico. Si el amor se despreocupase, si se le despojara de su maravillosa fantasía y quedase reducido a los límites de una

función orgánica que cada uno debiera satisfacer como mejor le pareciese, yo opino que la humanidad ganaría mucho en la marcha ascendente hacia la felicidad. Lo mismo que cada uno come sin que nadie se asuste ni critique la calidad y cantidad de alimentos que ingiere ni el tiempo que emplea, ni los intérvalos que hace mediar de una a otra digestión, el apetito del goce carnal debiera también hallar su equilibrio sin trabas de ninguna especie, conforme al temperamento individual. Las naturalezas sentimentales encontrarán demasiado material esta interpretación de la función fisiológica que más se presta a equívocos, errores y decepciones hoy, gracias a nuestros sentimientos metafísicos que la han rodeado de un misterio y un encanto falsos Ya sé las objecciones de los que aún no se han podido librar del atavismo de los prejuicios de la moral religiosa. Dirán que tal libertad conduciría al libertinage y al desenfreno o a la debilidad del instinto. Yo creo que nunca sería tanto como con la hipocresía y con la privación dominantes.

Actualmente todo nuestro mundo gira alrededor de los órganos sexuales, constituye una verdadera obsesión su satisfacción, que se exalta más cada vez por la rigurosa y complicada prohibición que de ella hace la moral corriente. Pero lo más terrible de esta situación es que por encima de toda la civilización impera el excitante artificioso La vanidad, los complicados refinamientos y el lujo del vestido en la mujer, son una causa permanente que aviva y solivianta a la lujuria, pero no da la expansión natural a los sentidos. No vamos a basarnos sobre utopías más o menos lejanas. Si aspiramos a una sociedad razonable, desde luego, lógicamente suponemos también que todas las acciones humanas estarían determinadas por el raciocinio Pero tomando el presente con sus imperfecciones, afirmamos

que sería un gran paso a la perfección, la despreocupación sexual que tantas energías malogra. Así se realizaría una selección consciente. Los que abusaran de la libertad caerían en aberraciones, pero no se verían constreñidos a violentar sus deseos. Lo mismo que hay quien se estropea el estómago voluntariamente, hay también quien se atrofia o deteriora el sexo. Con libertad o sin ella, lo mismo ocurrirá hasta que la razón no impere como reguladora de las pasiones que nos encadenan a la animalidad. Si el ejercicio y la expansión de todos nuestros órganos pudiera efectuarse sin imposiciones absurdas ni temores, se establecería, naturalmente, una gimnasia higiénica y se acabarían de una vez los conflictos de ese falso amor que la fantasía, la poesía y el romanticismo han ensalzado y ensalzan todavía. Se ganaría en tranquilidad lo que se perdiese en fascinación y así el hombre y la mujer se desarrollarían en toda su plenitud física e intelectual. Y no por eso perdería nada el instinto genésico, sino que tomaría el verdadero cauce de la reproducción de la especie y en este caso se realizarían hermosas afinidades amorosas en las que sin duda podría exaltarse el sentimiento y dar rienda suelta a la imaginación y a todas las sutilezas que la mente y la educación inspirasen, sólo con el propósito deliberado de aumentar y perpetuar por los hijos deseados la alegría y la belleza de la vida. Para acercarse a este ideal, para perfeccionarse es preciso pasar de la teoría a la práctica, luchando cada uno consigo mismo para despreocuparse sexualmente, a lo cual ha de contribuir grandemente la divulgación de la higiene sexual, tanto en lo que se refiere a la conservación de los órganos como a los medios preventivos de la fecundación. Esta digresión no me parece fuera del feminismo y para ampliar estas generalidades y darles un carácter mas didáctico, vamos a tratar de investigar

los métodos que pueden seguirse para despreocupar y educar a las mujeres.

Para llegar a un resultado práctico, inmediato o lejano, ha de tenerse presente la magnitud e importancia del problema que se plantea y la disposición particular del carácter de la mujer que sirve de terreno experimental al hombre que lucha por destruir los groseros errores que se cimentan en el sentimiento religioso y echan profundas raíces de dolor y menoscabo individual en la práctica de la compleja relación social.

Siendo, pues, la religión la piedra del edificio de la mentira en sus infinitas variedades dogmáticas, es a ella a quien deben dirigirse los más poderosos razonamientos, las más violentas diatribas y las más finas y demoledoras ironías. Esta es labor ardua, perseguida siempre por individuos fuertes, imbuídos de ese espíritu informativo y educador que, partiendo de los hechos reales, se extiende al amplio dominio de la ciencia experimental, donde únicamente puede hallar la vida humana su completo desarrollo en esa armonía que establece un perfecto equilibrio entre las necesidades de un materialismo naturalmente sano y las superiores disquisiciones de un animismo exaltador de la individualidad.

Estás abstracciones, que no son más que modalidades infinitas del pensamiento activo, merecen una concreción positiva de interpretación al estudio independiente del progreso, a la investigación sincera de la verdad. Mas antes de penetrar en la exposición concienzuda y desapasionada, precisa mostrar que el origen de todas las luchas intelectuales y de todos los cambios violentos o pacíficos que se realizan en la sociedad, es debido al deseo absoluto e imperativo que nos impulsa a buscar la dicha y a desechar todo motivo doloroso.

La rutina, esa pereza intelectual que es la característica del fanatismo religioso, es también la causa suprema que debilita la voluntad de la mujer, consecuencia lógica de las debilidades comunes a nuestra especie; y los que en la humanidad forman la verdadera aristocracia intelectual saben que se deja sentir la necesidad apremiante de que el individualismo femenino se manifieste cada vez más pujante y venga a completar la labor redentora.

No se trata aquí de la inmensa falange de mujeres que han llegado a la absoluta conformidad de su pasividad, a la total anestesia de su potencia intelectual, bien a causa de un trabajo excesivo y carencia de todo rudimento educativo, o por sufrir el yugo de las diversas tiranías que la relegan al estado de dependencia permanente. Esas serán siempre instrumentos de cuantos absurdos alimentan la sociedad. Se hace referencia a las jóvenes de la clase media que, habiendo adquirido cierta educación superficial y exentas de la dura y absorvente producción de la clase proletaria como del exclusivismo no menos embrutecedor del privilegio, tienen una sensibilidad más expontánea y un espíritu algo abierto y susceptible de gradual elevación. Mas ha de contarse siempre con la pobreza intelectual para no desperdiciar inútilmente la siembra de ideas demasiado ricas que, a lo sumo morirían en la gestación, por no haber hallado los necesarios elementos de fecunda asimilación.

Inútil, pues, querer dar a la mujer nuevas abstracciones e interesarla momentáneamente en profundos estudios, porque si la inmensa mayoría de los hombres no tienen tiempo ni voluntad para reflexionar sobre los problemas de la vida y desentrañarlos, mucho menos aptitud posee la mujer, educada exclusivamente para todas las frivolidades de la existencia y la complicidad

de todas las esclavitudes humanas, en que á su vez perecen las mejores iniciativas.

¿Cómo, pues, interesarla en las luchas contra el despotismo de toda dictadura? Conmoviendo su sentimiento y adulando su encantadora superficialidad con el firme propósito de elevarla al razonamiento.

Hay que conocer, sin embargo, los peligros a que este método puede conducir. Si el educador no posee una firme voluntad, se verá arrastrado por el capricho y todos sus planes quedarán absorvidos por la bagatela sexual, que se manifiesta por el hechizo de unos ojos amorosos, de una boca dulce y de unas manos acariciadoras. Precisa que el hombre permanezca libre y no se deje fascinar por las añagazas femeninas, porque solamente en el dominio completo de sí mismo, encontrará la fuerza capaz de poner a la mujer en condiciones de colaborar al desarrollo del individualismo. No hace falta poseer una erudición especial para demostrar el absurdo religioso; bastará una disposición general que, partiendo de rudimentarias razones, acabe por exponer el tejido de falsías que forman la trama en que caen los incautos para servir de sustento a la casta sacerdotal, de la que provienen todas las demás fomentadoras del injusto privilegio.

Sin duda nació la religión de la ignorancia y por ella perdura todavía, pero si en su origen tenía la justificación del terror que en los primitivos producía el desencadenamiento de las fuerzas naturales contra las que no tenían más que limitadísimos medios de defensa, más tarde, a medida que la evolución se iba realizando, explicando fenómenos, ensanchando el círculo de las observaciones y facilitando la adaptación al medio, la religión no sirvió más que a los fines de la astucia, que se erigió en privilegio de clase para afianzar la tiranía y detener por la sumisión de los espiritus más simples

la marcha ascendiente del pensamiento a la comprensión de la libertad.

Pero fué vano el intento de la cobardía, porque la lucha es la esencia de la misma vida y así, otras inteligencias claras, perfectamente de acuerdo con esta verdad eterna comprendieron la solidaridad y se levantaron contra los que quisieron separarse de la labor común y pretendieron dictar la obediencia y decretar su pretendida superioridad. Los primeros destellos de la razón natural no bastaron a contener esos deseos de dominación y ésta se fué afirmando y extendiendo por la fuerza hasta constituir el poder autoritario en que se basan todas las injusticias.

Y si llegamos a este juicio por la deducción de la reflexión inteligente, también podemos afirmar que en nuestra época, con todos los elementos aportados por el estudio crítico de la audacia del pensamiento, resulta un verdadero anacronismo el dogma religioso. Y si es la mujer el elemento conservador por excelencia, es ella la que más directamente necesita recibir los destellos del razonamiento.

A pesar de la divulgación científica que caracteriza el actual progreso, hay muchos hombres y muchas mujeres que desconocen las teorías racionalistas sobre el origen de la vida en nuestro planeta.

Los resultados enormes en las manifestaciones de la mecánica moderna en sus invenciones prodigiosas, han revolucionado de una manera evidente las concepciones de la física, y sin embargo persisten las ideas antiguas en pugna del determinismo y la realidad. Ha quedado sentada la excusa de la ignorancia en la religión y, si como principio de la evolución filosófica ésta puede aceptarse, en cuanto se manifiesta como medio coercitivo del entendimiento y de la expansión natural de los instintos debe combatirse francamente.

Mujer que aceptas la tradición y la leyenda, porque desconoces el sistema del universo, ningún reproche mereces. Te encierras en la creencia de una divinidad y si así tu pensamiento se adormece y encuentra la calma, mereces el respeto. Pero si sientes vagos tormentos espirituales, ansias comprimidas, rebeldías incipientes, da rienda suelta a tu reflexión y escucha la voz de tu propia conciencia. Puedes guardar el culto a la divinidad mientras no sea un obstáculo al libre examen y al ejercicio de la crítica. Trata de indagar la causa de tus desazones y verás como encontrarás la explicación en el dolor humano. ¿No te asalta la duda de que puedes ser muy bien víctima de un grosero engaño? Si piensas solamente en la diversidad de las religiones que se disputan la supremacía de la verdad, te darás perfecta idea de la falsedad de todas.

Sólo un motivo de interés las unifica: el sacerdocio, que, en su exclusiva interpretación de la moral, tiraniza las conciencias y hace pesar sobre los productores la pesada carga de su holganza, porque no son las oraciones, ni los ritos, ni la dictadura espiritual, los que hacen crecer las plantas que alimentan y embellecen la tierra. Es el fecundo trabajo, la experiencia del raciocinio, la independencia del pensamiento las que contribuyen a enriquecer la vida, haciéndola más próspera y feliz.

No es, pues, precisamente la filosofía religiosa la que debe ser combatida. Es el culto externo de ella; el sacerdocio que erigió el fanatismo en tribunal inquisitorial, que abrió ríos de sangre en sus brutales persecuciones para imponer la razón de la fuerza y extender sistemática la ignorancia que tantas energías arruína y tantos sufrimientos impone.

No tiene disculpa la mujer sensible que pasa indiferente ante las causas del malestar social. Su apatía

arma el brazo de la tiranía y sostiene por su sumisión absoluta las diversas profesiones autoritarias que son parásitas del trabajo y perjudiciales al ascenso feliz de una sociedad justa.

Esto es lo cierto, que contradice en absoluto la creencia del *freno moral* que pretende establecer la religión y todo despotismo que de ella dimana. Bastará fijarse que sus representantes, los investidos del poder, son siempre los impugnadores de sus leyes, los prevaricadores que viven ensalzando las virtudes mientras ellos se regodean en todos los vicios.

Todos los poderes sostenidos por la fuerza constituyen, es evidente, una contención del pensamiento, y un perpetuo atentado a la dignidad humana, mas de ningún modo perfeccionan al individuo ni a la sociedad. Una ley moral, religiosa, judicial, militar, pretende regular la conducta bondadosa y sin embargo las pasiones bestiales, los instintos desviados salen a la superficie con caracteres purulentos, en forma de hecatombes y calamidades públicas y privadas.

Y con ese pretendido *freno moral*, la miseria más abyecta se codea con el lujo y el despilfarro más brillantes, y la justicia más irritante se enseñorea de la Tierra, produciendo las infinitas *flores del mal* qué la engalanan; tal es la infernal producción de los esclavos en fábricas y talleres para desbaratar sus energías, la prostitución regiamentada, el abandono de la infancia, el desfile de las fuerzas armadas por su inconsciencia, el macabro cortejo de presidios, hospitales y manicomios, la sensualidad entronizada en constante desequilibrio mental y físico

He aquí un modesto ramillete del *jardín de los suplicios* que pueden aspirar los indiferentes. Si su letal hedor no les conmueve podrá creerse en su muerte espiritual, en su abyección completa. Y conste que no hay

exageración, pues en el vasto campo de la injusticia social, la variedad de las semillas es infinita y el dolor no puede cosechar mejores frutos.

Acosada la mujer por el razonamiento, no le queda otro recurso que aceptar como un fatalismo los males sociales, y así no es extraña la exclamación de «yo no he de arreglar el mundo», que significa el aplastamiento del individuo en la carencia de un claro discernimiento.

Efectivamente, hay un axioma bastante vulgarizado que se debe repetir incesantemente: Si en nuestro cuerpo cada célula es necesaria a la armonía de un buen funcionamiento y si basta que un grupo local enferme para que todo el organismo se resienta, en el orden social sucede lo mismo y cada individuo tiene su influencia y está al propio tiempo afectado por el conjunto. Existe, pues, una estrecha relación que no puede negarse y que nos arrastra de grado o por fuerza a la gran corriente de la vida, y de todos modos hay que pagar el tributo a la lucha, bien entregándose a la inercia o desarrollando la propia energía, ensanchándose y reaccionando voluntariamente contra las conmociones exteriores,

Todavía hay un motivo que hace a la mujer religiosa y acaso es el más difícil de desarraigar: Confidencialmente algunas manifiestan que encuentran un verdadero consuelo en los templos y sus pesares se adormecen después de haberse postrado de hinojos ante una imagen. He aquí el efecto de una autosugestión, a la que se entregan espíritus simples que no saben elevarse al razonamiento.

Para avivar es'as conciencias aletargadas en un enervante misticismo, el único remedio es ponerlas en contacto con la naturaleza, hacerlas gustar las bellezas de un amanecer o de un ocaso, fortificar su organismo

con la contemplación de espectáculos siempre sublimes, en el mar o en la montaña, en la pradera o en el bosque. Será preciso hacerlas comprender que sólo en el dulce éxtasis de Natura se encuentra la verdadera calma espiritual, el entusiasmo activo para vivir enérgicamente sin renunciamiento individual.

Queremos, pues, la educación integral y de ningún modo venimos a predicar en nombre de una moral determinada. No se pretende sustituir una religión por otra haciendo de la sumisión una rebeldía material. Sabemos que la evolución es lenta y no se puede pasar de un estado anímico a otro contrario de un salto. Además, no todos, y mucho menos la mujer, pueden adquirir esa ansia de lucha constante que, rebasando los límites de una sabia prudencia, se lanza contra los más insuperables obstáculos, sin tener en cuenta la inminencia del peligro en que se perece.

Se tiene presente el determinismo del medio del cual no se puede salir sin anularse. Así que cada uno, según su temperamento, luchará contra la opresión que le aniquila y de la cual tenga conciencia firme. Se vive en un estado social de tiranía, pero se considera accidental y transitorio y no se acepta con sumisión.

Ante la fuerza que domina, proclamamos la independencia del pensamiento, porque no es lo mismo bajar los ojos ante los tiranos que saber elevarlos a su altura para que vean que la voluntad personal no acata sus designios. Elevamos nuestro odio contra toda moral que quiere imponer su fuero alzando el látigo y nuestro desprecio compasivo contra los que se humillan en la creencia impuesta.

Se progresa y se embellece la existencia por la despreocupación, que consiste en saber aprovechar las ventajas que nos ha legado el esfuerzo de los antepasados para caminar hacia la independencia. No hay que con-

fundir la prudencia con la cobardía. Esta nos lleva a la anulación y aquélla al juicio crítico.

Sin dejar de ser prudente, cada uno puede restar fuerzas al dolor y a la mentira que lo sostiene. ¿De qué modo? Razonando, no sosteniendo la religión, no prestándose a ser comparsa de sus ritos, no casándose, no bautizando sus hijos, no recurriendo a los tribunales llamados de justicia, huyendo del contacto malsano de las multitudes, no siguiendo las costumbres del vulgo, no respetando la moda del vestido, de la vivienda y de la alimentación, riéndose a mandíbula batiente de cuantos quieren imponer ideas por el engaño, la astucia o la fuerza, con el solo objeto de lucrarse, haciendo, en fin, que los actos más complejos como los más sencillos de nuestra vida, sean presididos por la inteligencia.

Todos los espíritus susceptibles de educación pueden contribuir de este modo sin peligro al mejoramiento efectivo de su personalidad, evitándose muchos dolores que son hijos de la rutina y del indiferentismo.

En resumen, queda afirmada la libertad de conciencia por la cual solamente se crea esa corriente de simpatía espiritual que une a los humanos por la actividad inteligente y les separa de la fe ciega y de la obediencia depresiva. Todo interés bastardo, de secta, partido o clase, se opone a la ascensión del individuo, pero éste se mostrará cada vez más potente y se afirmará por la extensión de los medios educativos.

Sin embargo, no somos ilusos, y conociendo la preponderancia de las ideas esclavistas, sabemos que nuestro ideal de justicia no puede realizarse a fecha fija. No lanzamos anatemas contra la sociedad para hacer creer en el advenimiento de otra más perfecta. Que cada individuo se eleve para sacar todo el provecho posible de su pasión y de su inteligencia. Luchar contra el dolor y aspirar a la felicidad sin vacilaciones.

He aquí la obra positiva ¡oh, mujer! Si quieres contribuir a ella, instrúyete, dignifícate por la reflexión.

Los exaltadores de la individualidad se torturan con satisfacción las meninges con el exclusivo convencimiento de despertar energías. No les arredra el resultado de su esfuerzo cerebral, sabiendo que la humanidad es mediocre y que la verdad existe en cada uno de ellos. Nada esperan del exterior, porque poco vale si no está aquilatado por la propia voluntad.

Y he aquí, finalmente, la eterna paradoja: Los ilegales, los que se mofan de las cosas sagradas, los irrespetuosos del dogmatismo, los que no aceptan un *freno moral*, constituyen siempre, a pesar de su materialismo, la fuerza ideológica y sentimental que embellece la tierra, y les sensatos, los morales, los creyentes en la fe a pesar del espiritualismo de que presiden sus doctrinas, son el poder de la concupiscencia, por el que perduran los errores y se perpetran todos los crímenes sociales.

Y para concluir, afirmamos que el feminismo es una palabra vana en sentido anarquista. La mujer no es ni inferior ni superior al hombre. P r ser la obra del progreso dura, porque la lucha por la libertad y la justicia que se condensan en la razón, requiere esfuerzos sostenidos, es el hombre quien debe proseguirla, pues la mujer en este sentido es parte secundaria. En definitiva, la iniciativa corresponde al hombre, él debe iniciar a la mujer y ambos han de colaborar a la educación integral que es en lo que queda condensada la única cuestión humana sin exclusivismos feministas ni viriles.

M. COSTA ISCAR



APÉNDICE

La lucha por la hembra

El acto sexual es la consecuencia de una atracción particular ejercida por las hembras sobre los machos.

En los animales salvajes, esta atracción está limitada a una época anual; en la especie humana es continua. Ya porque el número de hembras sea inferior al de los varones, como ocurre en algunas especies, ya porque ciertas mujeres tengan la propiedad de excitar más particularmente el apetito sexual de los hombres, el caso es que hay concurrencia en el momento de la excitación, entre todos los que codician a la misma hembra.

Y lo mismo que la excitación sexual se nos presenta como móbil más imperioso que otro alguno, la concurrencia resultante del deseo sexual también es la más terrible de todas.

Cuando se trata de la posesión de una hembra, todos los razonamientos, todos los intereses desaparecen; no hay alianza posible entre los que se hacen mortales enemigos, aunque antes fueran hermanos o asociados.

En la especie humana, los diferentes pueblos han

sacado de esta constatación evidente tendencias y reglamentaciones diversas. En algunos, la mujer, causa de estos trastornos mórbidos que destruyen las sociedades, ha sido tratada como una especie de animal doméstico, al que intencionadamente se ha rebajado la importancia social para que así quede también disminuída la eficacia de su papel antisocial.

En otros pueblos, al contrario—y nosotros somos de éstos—se ha llegado a conclusiones absolutamente opuestas Se ha exaltado y divinizado a la mujer. La más bella, la que más excita el apetito masculino, ha sido considerada como la recompensa de las más altas virtudes sociales; y así se ha introducido en la sociedad una serie de cosas ilógicas, contra las que la razón protestaría verdaderamente.

La mujer, en efecto, posee como el hombre sentimientos y razón y forma parte integrante de la sociedad. Entre nosotros, pueblos occidentales, puede elegir libremente al hombre a quien quiere honrar con sus favores y es ésta una causa de trastorno incurable, como vamos a tratar de demostrar. Que la mujer más hermosa se diese al varón más bueno, sería un hecho de acuerdo con nuestras ideas de mérito y de justicia sociales. Pero toda idea de justicia y de mérito desaparece evidentemente desde el momento que una mujer elige por sí misma al amante. Por ser la más bella, una mujer no ha de poseer precisamenie cualidades sociales superiores, una inteligencia y un valor moral más elevados. Siendo pues la bonita y no la virtuosa la que juzga al hombre y le otorga la recompensa que se tiene en mayor estima, se concluye que la elección está determinada en ambos por el apetito sexual.

Nadie puede impedir que hombres y mujeres se elijan libremente por la atracción que sienten, pero el hecho de que la mujer más hermosa se considere como

la más alta recompensa del hombre, desvirtúa por completo la noción social de mérito y de justicia. He aquí una prueba irrefutable.

La conquista de las excelentes gracias de una hembra constituye también un honor que se coloca al lado del adquirido por el valor y la fidelidad del juramento, sin importar los medios por los que tal premio se ha obtenido. Si el concepto de este honor se ha debilitado con el tiempo, no ha sucedido lo mismo con el deshonor que resulta de la pérdida de tal complacencia. Á lo menos en el lenguaje vulgar, el honor de un hombre depende de la fidelidad de su esposa. Si ésta, después de haber elegido a su marido por instinto sexual, siente por otro hombre un apetito amoroso, el abandonado se considera mancillado en su honra. Sin embargo, su valor social no ha cambiado porque la evaluación de los méritos de un hombre no puede depender de cosa tan provisional y mudable como el apetito sexual de una mujer.

Como consecuencia igualmente ilógica del mismo hecho, un hombre se enorgullece de haber recibido los favores de varias mujeres, siempre porque la idea de honor ha sido en cierto momento inseparable de la de recompensa. Pero cuando se trata de sexualismo se olvida toda otra consideración, se pierde el buen sentido y el recato. No es extraordinario, por ejemplo, que encontremos *ridículo*, hasta el punto de hacerlo el objeto de la comedia alegre, el espectáculo más entristecedor que nos presenta la humanidad, el del viejo amoroso. No conocemos la piedad en los asuntos de amor.

«El amor jamás conoció la ley», y sin embargo se ha buscado en todas las sociedades su reglamentación, pero ésta sería reconocida siempre y en todas partes absolutamente ilusoria, si una vez más no viniese la hipocresia a ocultar la faz de las cosas y no hubiera

permitido a la tradición hacer nacer poco a poco en la mentalidad humana el sentimiento de deberes metafísicos que nunca han sido realmente obedecidos

El matrimonio, asociación nacida de una atracción sexual momentánea, se ha trocado en unión de intereses, cuando ha sido necesario alimentar y defender a los hijos contra el común enemigo. Y así el fundamento primordial desaparece.

Si el amor continúa entre el padre y la madre, tanto mejor, y los lazos sociales se estrechan, pero el hombre y la mujer podrían continuar en excelente asociación, aunque la atracción sexual, debilitada entre ellos, se despertase entre alguno hacia otro individuo extraño. El hombre resiste tan poco a este apetito que la asociación familiar se haría de repente bien precaria. El hombre enamorado de otra mujer no cumpliría probablemente sus deberes de padre y defensor de su primera familia. Y es por tal motivo, sin duda, que las leyes han prohibido el adulterio y que el decalogo contiene el precepto de «no desear la mujer de tu prójimo».

Cosa extraña que contribuye a colocar la diatesis social, aun más fuera de los demás fenómenos biológicos. El sentimiento amoroso que resulta del apetito sexal se debilita por el hábito de la posesión, mientras sucede todo lo contrario con las otras particularidades vitales, que más se desarrollan cuanto más se ejercitan normalmente.

En la cohabitación familiar, el amor sexual disminuye por costumbre entre los cónyuges, y, en cambio, se desarrolla entre ellos por hábito también, una amistad resultante de una alianza prolongada El deber social en la familia primitiva consistiría, sin duda, en la contribución común de los esfuerzos para la defensa; pero como una debilidad sexual podía amenazar hasta la existencia de la familia, la fidelidad se inscribió lenta-

mente al lado de los deberes sociales propiamente dichos, y las legislaciones condenaron el adulterio.

A pesar de todas las leyes, las desdichas sexuales son y serán siempre las más inevitables. Sólo, gracias a la hipocresía, ha podido parecer ser aplicada por la mayoría una ley de fidelidad, violada sin cesar. Y así, sin destruir el peligro resultante de una atracción sexual violenta, un sentimiento de deber conyugal se ha desarrollado en nosotros, deber impotente para detenernos sobre el borde de una gran pasión, y que sólo nos determina a hacernos más desdichados cuando sucumbimos, poniendo remordimientos aún en los mejores de nosotros.

La hipocresía interviene todavía aquí para salvarnos; somos bastante inteligentes para comprender que nuestro remordimiento no tiene objeto cuando nuestra fidelidad queda oculta, y nos ingeniamos para gustar el fruto prohibido sin ser sorprendidos. He aqui uno de los fundamentos necesarios de la sociedad moderna.

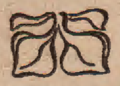
Somos indulgentes para nuestros desvíos sexuales y severos para los ajenos, mientras que, relativamente a los otros deberes sociales, los que entre nosotros tienen una conciencia moral exigente son, al contrario, duros para sí e indulgentes para el prójimo. Es la consecuencia forzosa de este hecho innegable; que los dos puntos de vista en que podemos colocarnos para apreciar el valor de un individuo, de una mujer, por ejemplo, para conocer la intensidad de la atracción social o la sexual, *no tienen entre sí relación alguna.*

Las abejas obreras no tienen ninguna dificultad en cumplir su deber, porque no tienen otro deseo, y que, en particular, siendo estériles, no pueden pretender fundar familia concurrente; el hecho de no poseer apetito sexual es la causa más importante del buen orden de su sociedad. ¡Nosotros no podemos esperar bajo este as-

pecto igualar jamás en felicidad a estos prodigiosos insectos!

No me extenderé aquí sobre la complicación progresiva que ha resultado para la humanidad, de la mezcla del sentimiento sexual con las otras nociones metafísicas y sobre el hecho de que la atracción sexual ha podido así ser desviada de su objeto primitivo hasta el punto de no ser ya casi reconocido.

FELIX LE DANTEC





BIBLIOTECA

DE

TIERRA Y LIBERTAD

	Ptas.
Almanaque para 1912. (Agotado).	
Vida Anarquista, por A. Lorenzo . . .	1'00
La Política y los Obreros, conferencia por Tomás Herreros	0'10
Almanaque para 1914. (Agotado).	
¿Por qué somos anarquistas?, por S. F. Merlino.	0'10
La Ley y la Autoridad, por P. Kropotkine (traducción de Manuel Andreu) . . .	0'10
El Feminismo, por M. Costa Iscar . . .	0'10

Oportunamente se anunciarán nuevas publicaciones.

Los trabajos realizados, a pesar de las contrariedades sufridas, dan idea de lo que puede hacer esta Biblioteca, contando con la benevolencia del pueblo anarquista emancipador.